

La tecnología va tras los pasos de los migrantes

El retorno de los migrantes a sus respectivos países a menudo se acompaña de una transferencia de tecnología, siempre y cuando se den ciertas condiciones. Puede tratarse de una contribución al desarrollo pero también de una promoción individual.

André Linard

Periodista

InfoSud-Bélgica

Con la red de prensa Syfia Internacional

Durante su exilio, los trabajadores migrantes generalmente tienen ocasión de entrar en contacto con técnicas y tecnologías más perfeccionadas que las que hay en sus regiones de origen. Eso sucede especialmente en el caso de personas competentes en sus respectivos ámbitos, las que se denominan «cerebros». No cabe duda de que inicialmente los mueve en parte el interés financiero pero también les atrae la oportunidad de valorizar sus competencias en condiciones prácticas y disponer de material y de un entorno humano mejores que lo que podrían soñar conseguir en sus lugares de origen. Son raros los que vuelven a sus países.

Sin embargo, una de las facetas de la evolución mundial de las migraciones de estos últimos años es el aumento de la cantidad de trabajadores no calificados. Esa tendencia se remonta en términos generales a 1980, cuando la mayoría de los países de destino comenzaron a frenar la inmigración o a imponer condiciones más estrictas.

Retorno incierto

En efecto, además de los refugiados, se observa la existencia de dos tipos de migrantes. Por una parte, los que son útiles e inclusive necesarios en los países de destino y a quienes se contrata para cubrir las la-

gunas de la mano de obra disponible para ciertas ocupaciones. Países como el Canadá han elaborado una lista de oficios para los cuales las puertas están abiertas (expertos en informática...) y otros para los cuales esas puertas están cerradas. En los primeros oficios, en general se piden trabajadores bien calificados.

Por otra parte están aquellos «que no son necesarios» y que constituyen la mayoría. Estos, atraídos por el canto de sirena de salarios más elevados o simplemente por empleos en el país de destino, recurren a vías no oficiales para lograrlos. Al haber instaurado los países tradicionales de acogida políticas que restringen la inmigración regular, apuntadas más bien hacia los trabajadores calificados y a quienes se admite de manera temporaria para compensar diversos déficit de calificaciones en el país, los migrantes poco o nada calificados se ven entonces obligados a recurrir a redes de inmigración ilegal creadas por captadores privados.

Muchos de ellos son clandestinos. A veces solicitan la categoría de refugiados políticos, cuando en realidad son refugiados económicos, y aceptan trabajos poco gratificantes. No obstante, cabe señalar que a pesar de todo esos migrantes son útiles a los empleadores de los países de destino, porque gracias a ellos se evitan las presiones para que aumenten los salarios

en oficios que los autóctonos no aceptarían desempeñar sino tras una sólida revalorización del salario y de las condiciones de trabajo (camioneros, por ejemplo).

Una investigación realizada en 1993 en la India, Sri Lanka y Bangladesh muestra que la gran mayoría de las personas dispuestas a partir son de origen rural, pobres, con pocas o ninguna calificación (92 por ciento en el caso de la India) y son mujeres¹. En conjunto, «los trabajadores sin calificaciones, a menudo sin instrucción (...) representan la masa numérica más importante...»².

Esos trabajadores ilegales son susceptibles de retornar más rápidamente a sus países de origen porque se ven obligados a hacerlo (expulsión), porque se trasladaron por un período limitado o porque no encuentran trabajo. Los que entraron legalmente también a veces vuelven a sus países al cabo de cierto tiempo pero son menos numerosos. En efecto, se observa que la motivación para el retorno disminuye cuando se disfruta de derechos, los niños crecen y van a la escuela, se hacen aportes para la jubilación o se compra una casa.

Discutir con migrantes lleva empíricamente a observar que muchos de los que emigraron por «un tiempo» en realidad se quedan para siempre. Eso no les impide continuar mandando dinero a la familia que quedó en el país de origen (véase el artículo de la pág. 61). No obstante, a pesar de todo, algunos de ellos retornan a sus países. Se puede entonces plantear el interrogante: menos calificados en un comienzo y confrontados a tecnologías más avanzadas ¿constituyen al retornar un vector de transferencia de tecnología en beneficio de los países de origen? La respuesta es globalmente positiva pero se deben establecer ciertas diferencias.

Saber hacer y relaciones sociales

En primer lugar hay que aclarar lo que significan las palabras. Un migrante que vuelve con las maletas cargadas de bienes o electrodomésticos que son de uso corriente en el país de destino está volviendo con

técnica y no con tecnología. Esta incluye ciertos objetos materiales pero también la comprensión de su funcionamiento y la capacidad de efectuar un mantenimiento de los mismos o inclusive competencia suficiente para adaptar su utilización a situaciones nuevas. La verdadera pregunta que debe hacerse entonces es: «¿Son los migrantes vectores de una transferencia de competencias hacia el país de origen, permitiendo comprender y dominar la utilización de las técnicas que aprendieron?»

Las investigaciones consagradas específicamente a las migraciones internacionales generalmente dan una respuesta positiva al interrogante sobre la contribución de los migrantes al desarrollo de sus países y muchos insisten más bien en un aspecto cualitativo: el establecimiento de una relación entre la comunidad de origen y redes internacionales³. En efecto, además de las remesas de dinero, que se tratan en otro artículo de este número, el «capital» que transmiten los migrantes es de dos tipos: el saber hacer y el «capital social».

El saber hacer es un conjunto de competencias y de comportamientos que el migrante puede capitalizar y utilizar personalmente luego de su regreso al país. En el caso de la primera generación, la adquisición de los conocimientos se hace casi siempre a través de la práctica, más que de una formación teórica, salvo cuando esas personas tienen la oportunidad de asistir a cursos de formación para adultos. Ese saber puede estar constituido por conocimientos técnicos, aprendizaje de un idioma, experiencia en la utilización de ciertas máquinas o inclusive experiencia en métodos de gestión o de organización.

Este aporte se verifica también en el caso de las migraciones Sur-Sur, en la medida en que cierta cantidad de dichas migraciones se hacen hacia países más industrializados que los países de origen. Por ejemplo, la mayoría de los migrantes de Burkina Faso, país sin salida al mar, que van a Côte d'Ivoire, país costero, portuario y más avanzado técnicamente, son campesinos analfabetos que practicaban una agricultura de subsistencia. En Côte d'Ivoire aprenden a cultivar a escala industrial en las planta-

ciones de café, cacao, ananá y bananas. No trabajan ya por la supervivencia sino por la rentabilidad. Algunos se convierten inclusive en productores, adoptan los métodos modernos de producción (gran escala, utilización de abonos, plaguicidas, semillas mejoradas, tractores, gestión de personal y de fondos, planificación). Aprenden pequeños oficios como albañilería, electricidad, tareas portuarias, cría industrial. Muchos de ellos hablan francés. Una vez de regreso en sus aldeas, los que aprendieron oficios se instalan por su cuenta y lo ejercen. Otros, que además pudieron ahorrar, abren pequeñas empresas y pueden inclusive llegar a contratar personal.

Al ser raras las realidades unívocas, señalemos que esto puede tener un efecto negativo en el empleo local, al hacer que aumente la utilización de técnicas con mayor intensidad de capital y que disminuya proporcionalmente la demanda de mano de obra no calificada, mayoritaria en esos lugares y que proporciona el sustento a numerosas familias.

Ampliar los horizontes

No obstante, no hay que sobrestimar ese aporte en materia de saber hacer. En efecto, por una parte, no todos los migrantes poco calificados están en contacto con tecnologías altamente perfeccionadas, precisamente debido a los oficios con escasas exigencias que tienen que desempeñar.

Tal es el caso de las jóvenes filipinas que trabajan como empleadas domésticas en los países del Golfo árabo-pérsico o de los recolectores de basura africanos en los países del Norte. Algunos de ellos tienen oportunidad de hacer algún curso de formación pero es mucho más frecuente que eso se dé en los migrantes de la segunda generación, precisamente los que tienen menos deseos de volver a sus países.

No obstante, también hay que tener en cuenta una serie de aprendizajes informales que dimanan del entrar en contacto con un modo diferente de gestión de la vida, del trabajo, de la organización social y que, transferidos a los países de origen, llevan

consigo la convicción de que un cambio es posible y hace de los migrantes portadores de innovaciones. No haremos un juicio de valor sobre las innovaciones que van en contra de las prácticas locales. Ya en 1956, un autor griego, T. Saloutos, había señalado que los migrantes que regresaban a Grecia llevaban ideas nuevas sobre la democracia occidental y sobre la economía liberal⁴. No hay certeza de que la introducción de esas novedades tomadas de un contexto dado sean convenientes para sociedades que tienen sus propias especificidades pero no abordaremos aquí ese debate.

En el caso de numerosos migrantes, a esos aprendizajes se agrega la elaboración en el exterior de una red de relaciones que se puede calificar de capital social. Se trata de una serie de recursos específicos que se pueden movilizar dentro de grupos, redes y organizaciones. O también la riqueza potencial que se puede obtener a partir de las relaciones sociales⁵. Esa riqueza se deriva de las relaciones interpersonales y de los vínculos sociales que se establecen con personas o inclusive del conocimiento de las puertas donde conviene golpear para obtener respuesta a una necesidad específica: instituciones y ONG de desarrollo, por ejemplo. Ese bagaje de conocimientos permitirá solicitar financiamiento, formación o especialistas cuando se desee instaurar infraestructuras o nueva tecnología.

Tal capital social puede resultar útil en los países de destino pero también constituye una riqueza cuando se vuelve al país. El acceso a ese capital social puede tener como consecuencia que el migrante que está de regreso en su país se convierta en la persona a través de la cual se pueden ampliar los horizontes y, cuando se conoce el poder que puede derivarse del acceso a recursos financieros, abrirle el camino del liderazgo de su comunidad. Por lo tanto, la ventaja no necesariamente es benéfica para la comunidad. A veces es la persona la que saca provecho, principalmente cuando aprendió a manejar las palancas de las inversiones, de la creación empresarial, del comercio. Por ejemplo, en Madagascar, los migrantes que regresaron han invertido en actividades comerciales de importación y

exportación o en vehículos de segunda mano. Además, va en aumento la cantidad de jóvenes diplomados en universidades extranjeras que se dedican a los negocios, ayudados por acuerdos que hacen con distintas empresas durante su estadía en el extranjero.

Como es evidente, esto remite a un debate amplísimo: ¿Qué es el desarrollo, una suma de éxitos individuales o un proceso colectivo?

Inclusive sin el retorno

Como se ve, la transferencia de tecnología que la migración puede inducir constituye por cierto una ventaja en las comunidades de origen, las cuales de esta manera ven abrirse una puerta hacia los conocimientos, técnicas y nuevas relaciones. Algunas de esas ventajas no implican necesariamente el retorno. En efecto, cada vez es más frecuente que los migrantes intenten organizarse en los países de destino para contribuir al desarrollo de su región de origen, no solamente enviando dinero sino también a través de «proyectos» que incluyen una transferencia de tecnología. Por ejemplo, en Kayes, los inmigrantes malienses de Francia financiaron la instalación de equipamiento fotovoltaico destinado a electrificar la región, por un monto de 400 millones de francos CFA (62.000 euros). Los técnicos de la empresa Electricité de France (EDF) se encargaron de brindar formación técnica a los asociados locales.

Más globalmente, organizaciones de migrantes de la Unión Europea formaron una Coalición de Organizaciones Africanas por la Seguridad Alimentaria y el Desarrollo Sostenible (COASAD) cuyo objetivo consiste en proporcionar asesoramiento a los países de origen de África. Jean-Pierre Madjiragué Madjibaye, secretario permanente del foro de la sociedad civil de África y Europa, considera que es necesario ir más allá del marco de las transferencias directas de fondos y comenzar a brindar en África un asesoramiento al servicio del desarrollo. «La cuestión no siempre es financiera. Muchos africanos

que están en Europa son muy competentes y tienen contactos que pueden poner al servicio de África», sostiene Madjiragué para quien la diáspora africana en Occidente también está compuesta por ingenieros y técnicos. La COASAD tiene entonces la intención de «iniciar actividades, ejercer presión y abogar ante los gobiernos y la Unión Europea para que se tome en cuenta la seguridad alimentaria como prioridad en las próximas negociaciones entre la Unión Europea y el grupo ACP».

Por el momento, se trata de intenciones más que de realidades pero que ilustran esa noción de capital social del que hablamos dentro de una perspectiva muy general, dado que se lo pone al servicio de países enteros. Ciertas ONG europeas ya han reconocido esas asociaciones de migrantes como asociadas.

Sin embargo, las diferencias muestran que el proceso no es automático: no toda migración origina adquisición de tecnología ni toda transferencia es necesariamente favorable para las comunidades de origen. Mucho depende de las condiciones en las que se encuentra el migrante en el país de acogida, de las que rodean el retorno y también de la disposición del migrante, en mayor o menor grado individualista. Lo que demuestra que la ética está siempre presente en las realidades sociales.

Notas

¹ Christian Workers Movement: Challenge of the times: challenge to join hands in solidarity to liberate the migrant workers in South Asian region, Solidarité Mondiale, Bruselas, 1993.

² Pierre George, *Encyclopédie Universalis*, V° Populations (Géographie des), edición de 1985, volumen 14, págs. 1059 y 1060.

³ Véase por ejemplo, para los migrantes en los Estados Unidos y en Europa, la bibliografía mencionada en: Nyberg-Sorensen et al.: *The Migration-Development Nexus. Evidence and Policy Options*, Organización Internacional para las Migraciones, julio de 2002.

⁴ T. Saloutos: *They remember America: The Story of Repatriated Greek Americans*, University of California Press, Berkeley, 1956.

⁵ Ammassari y Black: *Harnessing the Potential of Migration and Return to Promote Development*, Organización Internacional para las Migraciones (OIM), agosto de 2001, pág. 29.